

## Descanso dominical

Alcanzar la vejez y haber procreado en el trayecto no debería otorgarle a uno la condición de abuelo, ni mucho menos. Florencio, con sus rubicundos mofletes y su barba blanca, nunca resultó la afable versión de San Nicolás que cualquiera de sus nietas, entre las cuales me incluyo, hubiéramos deseado, más bien todo lo contrario. Personalmente, lo recordaré siempre como un auténtico cascarrabias: un humor de perros por la mañana, a mediodía y por la tarde; y, según los vecinos que lo sobrellevaron durante los años que vivió, empeoraba al llegar la noche.

El anciano coleccionaba manías igual que pulgas acarrea un perro callejero. No soportaba el ruido al arrastrar una silla y ponía el grito en el cielo si una corriente de aire caprichosa cerraba de golpe una puerta. Le desagradaban los programas de televisión que calificaba de un entretenimiento para mermados. Ni siquiera encendía ya su antiguo transistor a pilas que siempre lo había acompañado como un chicle adherido a la suela del zapato, pues aseveraba que las ondas radioeléctricas ahora le provocaban fuertes jaquecas. Nunca aprecié un atisbo de satisfacción en él, un remanso de paz en el que descansar de su propia acritud... A excepción de las sagradas mañanas de domingo cuyas horas discurrían con tierna parsimonia mientras daba buena cuenta del periódico. Y es que existía una única cosa en la que mi abuelo, claudicará en llamarlo así por convencionalismo, encontraba sosiego: los pasatiempos de las páginas del diario dominical.

Acudí a visitarlo la semana anterior a su muerte. Por supuesto en domingo, el único día en el que no debía temer, al menos demasiado, que un súbito ataque de irascibilidad lo condujese al armero que custodiaba bajo llave, tomase la antigua escopeta de caza con cierre y palanca bajo el guardamonte, cargase un cartucho de pólvora negra (si es que no había ya alguno preparado en la recámara) y me disparase igual que a una liebre indefensa y trémula.

Abrí la puerta de la entrada con mi propia llave. Era la única de la familia con una y predisposición a usarla. Me anuncié con un berrido nada más traspasar el umbral, no fuese caso que me confundiese con un intruso y acabase disparándome pese a todo. El viejo, sin embargo,

acarreaba una sordera desde hacía varios años, achaque que de manera obstinada se negaba a reconocer y que, en mi opinión, solo hacía que agravar el aspecto huraño de su personalidad. Probablemente no me oyó al entrar, aunque dudo que su respuesta hubiese diferido. Lo encontré retrepado en el sofá del salón, junto a la ventana, donde el vetusto cortinaje asfixiaba los rayos de sol que se colaban a través de ella. Mantenía el periódico entre las manos y parecía absorto, quizás algo más que de costumbre, en las páginas interiores.

«Florencio», espeté en un tono prominente, aunque intentando no resultar estruendoso y molestarlo con esa forma de hablar a la que, según él, nos habían acostumbrados a los jóvenes. Obtuve su sepulcral indiferencia. Me quedé entonces plantada a su lado, igual que la lámpara de pie, tratando de aportar algo de luz a la cuestión que lo había dejado suspendido en aquella butaca.

Empecé a leer minuciosamente las páginas del periódico abierto en canal sobre sus rodillas. En la plana de la izquierda aparecía un sinfín de necrológicas. Me dio cierto *yuyu* observar esos recuadros con cruces negras. Por algún motivo, en mi mente se apelotonaron los difuntos. Competían los unos contra los otros, como si hubieran de pasar la eternidad atrapados en los diminutos nichos de papel de aquella hoja impresa. «¡Ay, madre! —Pensé—, se le ha muerto alguien querido». Luego deseché por completo la idea, por supuesto, pues se trataba de Florencio. Sin embargo, seguía sospechando que algo debía de ocurrirle por fuerza y continué indagando.

La segunda plana era para los vivos, aunque todavía esto sería discutible. Estaba llena de pasatiempos, ¡pasatiempos! ¿Qué tipo de gente se limita a pasar el rato, así sin más? ¿Son conscientes acaso de que minuto a minuto se acercan al final de su propia existencia? No consideré casualidad que justo antes apareciera el obituario. Era un aviso evidente: ¡aprovechad y vivid! Por desgracia, siempre habrá alguien dispuesto a malgastar su valioso tiempo así. En fin, ellos sabrán...

Reparé en la mirada legañososa del anciano que apuntaba concienzudamente a un par de recuadros en el diario. «Busca las siete diferencias», rezaba el encabezado. El objetivo, pues, consistía en identificar las sutiles e intrascendentales disparidades entre dos viñetas. Los dibujos presentaban en primer plano a dos boxeadores en un ring: uno vestía calzón negro, el otro blanco. Situado entre ambos aparecía el árbitro, con pajarita negra y un moretón en el ojo, que exigía explicaciones mientras unas estrellitas gravitaban alrededor de su cabeza. Al fondo aparecían trazos sencillos que simulaban los espectadores.

Florencio, estilográfica en mano, había redondeado diversos errores siguiendo las instrucciones del rompecabezas: la pajarita torcida del árbitro, una raya del calzón negro inexistente, la última fila de público desaparecida en el margen izquierdo... Conté hasta seis círculos en los que había capturado las diferencias con acierto. Ya que seguía hipnotizado por aquel pasatiempo, opté por dejarlo tranquilo.

Entre tanto, aproveché para moverme por la casa y comprobar que hubiese dado buena cuenta de la medicación que tomaba debido a esa enfermedad crónica llamada vejez. Rebusqué en los armarios y el frigorífico cerciorándome de que mantuviese una dieta variada. De no ser yo su nieta, y tolerar en cierto modo las visitas semanales, hubiese proferido un ladrido al descubrirme fisgoneando entre sus pertenencias, absolutamente convencido de que en realidad pretendía robarle. Eso había ocurrido con la última asistenta que terminó por despedirse a los pocos días; lo mismo que la anterior. De manera que al final había decidido sacrificarme por la familia: era el soldado que se lanza sobre una granada en la trinchera para evitar que la onda expansiva termine con todo el regimiento. Para colmo, mi presencia le resultaba molesta, como si estuviera arrebatándole preciados momentos de tranquilidad. Nunca debió de pensar que ocurría justo lo contrario.

El último gesto altruista del domingo, después de ventilar las habitaciones, tender la ropa lavada y aspirar a fondo, fue prepararle la comida. Se la dispuse en una bandeja sobre la mesa

auxiliar junto al sillón. Él continuaba ensimismado en su rompecabezas. Ni siquiera se despidió de mí con el habitual gruñido cuando me marché dejándolo en el recogimiento de su hogar.

Al caer la noche, los vecinos escucharon un fuerte ruido y decidieron llamar a la policía. Al parecer, Florencio había decidido terminar con su hastío vital.

El informe policial recogía que, tras tomar la vieja escopeta del armero, introdujo el cañón en su cavidad oral y apretó el gatillo. Decoró parte del salón con salpicaduras de sangre y sesos. Y la bandeja con comida que le había preparado aquella misma mañana seguía intacta.

El domingo siguiente, a modo de duelo particular, decidí que acudiría a la casa para limpiar. Descolgué las cortinas, las lavé y las guardé junto con la ropa de los armarios en bolsas de basura tamaño industrial. Lo donaría todo a la beneficencia. «Es lo que el abuelo Florencio hubiera querido», mentiría al entregarlas.

Recostada en la butaca, ya sin los visillos, vi colarse la luz por la ventana igual que un claro abriéndose entre nubarrones. Me hubiera gustado descubrir qué debió pasar por la cabeza de Florencio instantes antes de que lo hiciera una bala de pólvora negra; pero nunca lo averiguaría. Sobre la mesita descansaba el periódico dominical que había recogido del buzón a mi llegada. Ya que mi abuelo no daría cuenta del diario, decidí hacerlo yo en su lugar.

En la sección de necrológicas encontré su esquila. Los hijos habían consensuado finalmente pagarla entre todos, eso sí, la de menor tamaño. ¡Bendita generosidad! Heredada de Florencio, por otro lado. Mis ojos saltarines encontraron en la plana siguiente los pasatiempos que tanto lo apasionaban. Un apunte a pie de página llamó mi atención, decía así: «Fe de erratas: en la edición de la semana pasada, en el título “Busca las siete diferencias”, debería aparecer “Busca las seis diferencias”».

Sonreí para mis adentros pensando en todos aquellos que se habrían devanado los sesos días atrás con el enigma irresoluble. ¡Qué manera de despilfarrar la vida! En fin, ellos sabrán...

**Germinal García**